



Nunca hasta ahora había contado esta historia. En la memoria de Enrique Múgica se entrelazan los recuerdos de aquella tarde de comienzos del 54 en que recibió la consigna de «poner en marcha una organización comunista en la Universidad», con los de aquellos meses en la cárcel, casi diez años después, en los que se desató contra él toda una lluvia de reproches: «Parece mentira... con lo que te quiere Santiago... con lo que te quiere Federico...» Santiago... Federico... A ambos los distingue en aquel amplio piso del número 171 de St.-Germain des Prés en aquel invierno parisense de mediados de los cincuenta en que Carrillo le recibió con un «abrazo terrible» y le dio dinero para que comprara libros. Nunca olvidará aquel «abrazo terrible» en presencia de un testigo mudo llamado Julián Grimau y tampoco el rudo tirón de las solapas que una década más tarde le dará Javier Pradera, durante su viaje de novios, llamándole «traidor». Enrique Múgica jamás había contado esta historia y el hacerlo ha significado para él un pequeño pero necesario exorcismo personal.



«Todo comenzó en 1952. Yo tenía veinte años y leí un llamamiento a los amigos de la poesía...»

Diez años en el PCE

Luis CALZADA

«Todo comenzó en 1952. Yo tenía veinte años y leí en el periódico "Unidad", de San Sebastián, un llamamiento de Gabriel Celaya a cuantos se sintieran amigos de la poesía, con objeto de allegar fondos para construir un panteón para Miguel Hernández. Reuní todos mis ahorros, que eran exactamente cinco duros, y fui a llevárselos a Celaya a un desvencijado piso de la parte vieja que servía de sede a la Editorial Norte. Cuando llegué Celaya estaba con un hombre joven, bien vestido y de aspecto agradable que comenzó a hacerme preguntas y dio muestras de interesarse por mí cuando empecé a hacer comentarios contra el régimen de Franco...»

Hijo de un violinista donostiarra afiliado a Izquierda Republicana y a la UGT, y de una parisense de origen judío, las vivencias infantiles de Enrique Múgica habían sido vivencias tristes. Al comienzo de la guerra civil él y su madre fueron evacuados a Burdeos en un barco repleto de mujeres y niños, no regresando a San Sebastián sino cuando su padre ya había muerto.

«Federico»

Para un muchacho extravertido, soñador y vitalista como él, nada tan lógico como entrar en conexión con los círculos intelectuales de San Sebastián, único reducto progresista de la primera posguerra. Su plataforma de encuentro será el Círculo Cultural Guipuzcoano, a través del cual conocerá a su amigo del alma, el fallecido autor de «Tiempo de silencio», Luis Martín San-



«Todo comenzó el día en que reuní cinco duros para llevárselos a Gabriel Celaya como contribución para el panteón de Miguel Hernández.»

tos. Celaya era en aquel ambiente todo un respetado punto de referencia y para el joven Enrique resultaba poco menos que obligado acudir a su llamada.

«Cuando ya había hablado bastante, Celaya me tomó el pelo, diciéndome que tuviera cuidado, que a lo mejor su amigo, el hombre de aspecto elegante, era franquista. Sólo entonces me lo presentó, diciéndome escuetamente que se llamaba "Federico". Tendría que pasar mucho tiempo antes de que supiera que acababa de conocer a Jorge Semprún, ya por aquel entonces destacado dirigente del PCE en el interior.»

Poco después de aquel encuentro, Enrique Múgica empieza a recibir literatura comunista francesa. Le llegan en concreto con regularidad las

revistas «Les Lettres Françaises», que pilotaba Aragon; «La Pensée», «Economie Politique» y «La Nouvelle Critique».

Javier Pradera

Fuertemente impregnado por estas ideas, pero sin adquirir aún ningún compromiso político, nuestro hombre se traslada a Madrid en octubre del 53 para terminar la carrera de Derecho. Se instala en una pensión próxima a San Bernardo y en seguida entra en relación con los núcleos estudiantiles más activos. Dentro del bando falangista recuerda, por ejemplo, a quienes solían reunirse en el Hogar Guitarte, en el patio de la Facultad; Fernando Elena, Francisco Iriágaray (actual corresponsal de Radio Nacional en Moscú), Eduardo Navarro (ex vicesecretario general del Movimiento) etcétera.

Entre los monárquicos recuerda a Juan Garrigues y a Muñoz Salvadores, y entre aquellos más progresistas con los que inmediatamente conectó al hoy juez Clemente Auger, a Ramón Tamames y a Javier Pradera, habitual editorialista de «El País».

«Javier todavía tenía por aquel entonces parte de la mística del acercamiento entre el Movimiento y el pueblo. Su tío era delegado de Prensa del Movimiento y él se mostraba muy activo en el Servicio Universitario de Trabajo.»

«Yo me sentía allí como un ser de otro planeta, porque había leído a Sartre, conocía el existencialismo y tenía una mentalidad mucho más liberal que la media.» Quizá por eso con quien más íntima es con Ramón Tamames, que abiertamente se declara republicano y de izquierdas.

Juntos contemplan en enero del 54 los incidentes desatados en la Universidad a raíz del viaje de la reina de Inglaterra a Gibraltar. El SEU organiza una manifestación ante la Embajada británica y la Policía la reprime con dureza, cargando con caballos contra los estudiantes. Al día siguiente los periódicos describen a los manifestantes como alocados agitadores y montones de papel impreso arden en la Universidad al grito de ¡«Prensa libre!»

Varias Facultades se declaran en huelga. La Policía rodea la Universidad. Suenan tiros y un estudiante resulta herido de bala. Como un reguero de pólvora corre entonces la consigna: «¡Vamos al paraninfo!» Múgica y



«Ahora vamos a trabajar en serio —me dijo Federico—. Vamos a montar una organización comunista en la Universidad»

Tamames forman parte del grupo que aguarda las explicaciones del rector. Pese a su fama de progresista, Pedro Laín trata de disculpar a la Fuerza Pública y llega a advertir que «no estoy dispuesto a consentir esta convención tumultuaria». Enormes abucheos lo despiden.

«Trabajar en serio»

Al día siguiente Múgica queda citado con el crítico de cine Enrique Ducau, al que también ha conocido a través de Celaya. El lugar de encuentro es el café Alcalá, en la plaza de Manuel Becerra, y ambos llegan a la vez. Una tercera persona les está esperando.

A Múgica le llama la atención su elegante traje, rematado por un jersey con cuello de cisne, pero no lo reconoce.

—¿No te acuerdas de mí? —le pregunta.

—Pues, no.

—Me llamo Federico y nos conocimos hace dos años en casa de Celaya.

Múgica apenas si tiene tiempo de reaccionar. Federico Sánchez, o si se prefiere Jorge Semprún, quiere saber con pelos y señales todo lo que ha sucedido en el campus. Apenas ha concluido Enrique su relato, Federico baja la voz y le anuncia con gran seguridad: «Ahora vamos a trabajar en serio... Vamos a montar una organización comunista en la Universidad...»

MAÑANA,
SEGUNDA PARTE:
Con Carrillo y Grimau en
París